

mismo que nos habia mandado , disculpando con su Eterno Padre á los mismos que le crucificaban , é implorando para ellos el perdon y la misericordia. Suficiente es este ejemplo divino para que el cristiano se apresure á practicar el mandato que hoy se nos intima.

Yo bien sé amadísimos hermanos , que no hay precepto mas combatido que el perdon de las injurias ; que á nada han hecho mas resistencia los hombres que á amar á los enemigos ; que á esta accion humilde y caritativa se la llama bajeza. ¿ Yo , dice el mundano , perdonar á aquel de quien he recibido ofensas ? ¿ Yo amarle ? ¿ Yo rogar por él ? ¿ Yo echarle mis brazos al cuello á aquel que vilmente me calumnió , que descubrió mi secreto , que causó un daño en mi honra ó hacienda ? Esto es imposible de practicar , y aunque no lo fuera , me parece judicaria y atraeria sobre mí las burlas del mundo , que me tendria por miserable y bajo. Yo os haré ver que ambos extremos son falsos de todo punto. Decís que es imposible. ¿ Es acaso por los sentimientos que son propios á vuestra naturaleza ? Pues qué , ¿ eran por ventura de otra naturaleza que la vuestra los apóstoles y discípulos del Salvador , que imitando la conducta del Divino Maestro amaban á sus enemigos y rogaban por ellos ? ¿ Lo era Esteban , que al llover una multitud de piedras sobre su cuerpo y cabeza , dirigia sus oraciones al cielo pidiendo por sus verdugos ? ¿ Lo era el Levita Lorenzo , que hacia lo mismo sobre las parrillas ? ¿ Era de otra carne y de diversa naturaleza que vosotros nuestra ilustre compatriota santa Teresa de Jesus , á quien los sábios del mundo tenian por loca , y que se vió perseguida , insultada y maltratada de cuantos la rodeaban , no cono-

ciendo los altos designios para que Dios la tenia destinada ? ¿ Y qué hacia á través de tantas persecuciones ? Ni una palabra de queja salió jamás de sus lábios : amaba cordialmente á aquellos mismos que la ultrajaban ; procuraba el mayor bien por sus hermanas de cláustro , de quienes tambien tenia que sufrir , y rogaba á Dios por todos. ¿ No hicieron otro tanto los fervorosos mártires , los ilustres confesores , las santas vírgenes y tantos millares de bienaventurados como hoy reinan con Jesucristo en la gloria en premio de su paciencia y caridad heróica ? ¿ Pues qué os impide practicar lo que aquellos practicaron ? Mejor es que digais que vuestro corazon está corrompido , y que no dais en él entrada á la gracia , á esa gracia divina con la que ayudados aquellos pudieron ser perfectos observadores del Evangelio. Ni me digais que es contrario á vuestro honor y reputais por bajeza el perdonar , pues por el contrario es benéfico para nosotros en alto grado no solamente el perdonar , sino el amar y hacer bien á nuestros enemigos.

¿ Qué cosa puede sernos mas útil para atraer hácia nosotros el corazon de nuestro Dios , que el observar fielmente sus mandatos ? La obediencia le es mas agradable que las víctimas , toda vez que teniendo sobre nosotros mas poder que el alfarero sobre el barro que maneja para formar sus vasijas , exige una rendida submission de parte de aquellas criaturas que formara del barro de la tierra. En perdonar al enemigo y amarle cumplimos un precepto esplicado con bastante claridad por parte del Legislador Divino , y que se nos intimó al ser regenerados en las sacrosantas aguas del bautismo , donde se nos mandó amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.



Y qué ¿no es nuestro prójimo el que nos ha ofendido? ¿No es hijo de Dios como nosotros? ¿No ha recibido el mismo bautismo? ¿No es miembro de la misma Iglesia? ¿No participa de los mismos sacramentos? Y aunque no atendiéramos á todo esto, nosotros somos cristianos y el cristiano de nadie es enemigo, como dice Tertuliano. El apóstol San Pablo nos exhorta á cumplir con docilidad este mandato diciendo: *Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien* (1). Además nos es utilísimo, puesto que de no hacerlo, atraemos sobre nosotros las venganzas divinas pedidas por nosotros mismos. ¿Y cómo así? Diariamente dirijís mas de una vez á Dios la oracion dominical, ó sea el Padre nuestro: yo no puedo creer que haya un cristiano tan descuidado de sí mismo, que no la rece diariamente. Ahora bien: ¿no decís en ella: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores? Pues esto es pedir á Dios que obre con vosotros al modo que vosotros obráis con vuestros prójimos. ¿Y qué comparacion puede haber entre las ofensas que nosotros hemos hecho á Dios, á las que podemos recibir de nuestros hermanos? Y sin embargo, nosotros deseamos alcanzar misericordia, anhelamos por el perdon y decimos en nuestras oraciones: «Perdónanos, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Luego si nosotros conservamos en nuestro corazon odio y rencor á nuestros enemigos, y nos resistimos á perdonarlos, pedimos á Dios que no se olvide de nuestros crímenes y nos castige.

(1) Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitit, potum da illi... Noli vinci á malo, sed vince in bono malum. Ad Rom. cap. XII, v. 20. y 21.

Hay, señores, tambien quien queriendo arreglar á sus inclinaciones y á su gusto la moral evangélica, dice hablando de su enemigo: «yo le perdono, pero no quiero que se presente delante de mi vista, no quiero verle ni que se me hable de él.» Estamos en el mismo caso que antes, toda vez que entonces pedimos á Dios que nos perdone, pero que no quiera vernos, ni oiga á la Santísima Virgen y á los bienaventurados que por nosotros intercedan. Ved como cae sobre nosotros nuestra misma venganza, y como por lo tanto nos es útil y beneficioso el cumplir con el precepto del perdon de las injurias. Insensatos por demas seremos si no sujetando nuestras pasiones por las persuasiones del Evangelio y de la misma razon, no damos oido á los mandatos de nuestro Dios.

Mas no es solamente útil al individuo en particular, sino tambien á la sociedad en general. ¡En qué caos mas profundo de miserias y desgracias nos veriamos sumidos si cada individuo estuviese autorizado para tomar por su misma mano venganza de sus enemigos! La mas mínima ofensa, el mas leve agravio daria ocasion á que el hombre clavara el puñal en el pecho de su ofensor: si no perdonásemos no habria amor de padres á hijos, de hermanos con hermanos. Desgraciadamente existen vengativos en medio del pueblo cristiano; vengativos que arrebatando á Dios las facultades que á él solamente son propias, hacen de jueces quitando la vida á sus contrarios. ¿Y qué efectos experimenta la sociedad por la venganza de sus individuos? Bien lo sabeis, y la experiencia de cada dia nos lo demuestra con claridad: lágrimas, desgracias, y lutos dolorosos, porque un vengativo está dispuesto á todo. Tratemos, pues, mis



hermanos, de dar cumplimiento á un mandato de que pende como antes he manifestado, nuestro perdon y salvacion. Ni me digais que no podeis observarlo, porque es difícil el perdon. Que es difícil bien lo conozco yo, como lo conocia San Agustin, pero sacrificios se nos exigen y no debemos rehusar ofrecerlos, al que se sacrificó en un madero por nosotros. Ya os manifesté que en todos tiempos ha tenido observadores la moral del Evangelio: tal vez alegueis que han variado las circunstancias, y que estando hoy el mundo en su mayor grado de corrupcion, no podeis practicar lo que otros practicaron en mejores tiempos. ¡Vanos pretestos! ¡Frivolas excusas! Por ventura ¿no tenemos el mismo Dios, el mismo Evangelio? Rodeado el hombre de pasiones, ¿no ha sido inclinado al mal en todo tiempo? ¿El mundo no le ha presentado su aspecto encantador y con sus halagos no le ha escitado al odio, á la soberbia, á la venganza, á todos los vicios? ¿El ángel de las tinieblas ha tomado alguna vez reposo dejando de tentar á las criaturas para conducir las á su dominio? Y digo poco, ¿no nos está ofrecido el mismo premio que á aquellos por nuestra docilidad al cumplimiento de la ley, y no se nos amenaza con los mismos castigos con que siempre se ha amenazado al malvado? Decid mas bien que sois unos cobardes, que no teneis grandeza de alma, que consiste en perdonar y no en tomar venganza como quiere el mundo: decid que no quereis sujetaros al yugo del Evangelio y que os importa poco el perder vuestras almas, con tal de vivir á vuestro gusto y capricho los cuatro dias que se os han concedido de vida. Pues bien, si seguís en ese modo de obrar, sabed que con la medida que midiereis sereis medidos:

se os dará odio por odio, venganza por venganza. Si no perdonais, de nada os servirán todas las demas obras buenas que hagais, porque en el terrible dia de la cuenta, aunque pudierais presentar otros méritos, y aunque hubieseis hecho milagros en nombre del Señor, oireis estas tristísimas palabras de lábios del Juez eterno. «Nunca os conocí; apartaos de mí los que habeis obrado la iniquidad (1).»

Decidámonos, pues, á reconciliarnos con nuestros enemigos, y que esta reconciliacion sea pronta como Jesucristo exige de nosotros. Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, nos dice el Salvador, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ves primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven á ofrecer tu ofrenda (2). El Apóstol San Pablo, exhortando á los fieles de Epheso á la práctica de la caridad cristiana que todos debemos observar, les dice: que no se dejen llevar de la ira, que la desechen en el momento para que no tome asiento en sus corazones. *Sol non occidat super iracundiam vestram* (3). Del mismo modo, y valiéndome de las mismas espresiones, deberé yo dirigirme á vosotros en este dia, en cumplimiento de mis sagrados deberes; hombres vengativos que hasta este momento conservais odio implacable á un enemigo, á un hermano que os hizo una ofensa, corred, buscarlo, echarle vuestros brazos al cuello y perdonarle para que seais

(1) Multi dicent mihi in illa die: Domine, Domine, ¿nonne in nomine tuo prophetavimus, et in nomine tuo demonia ejecimus, et in nomine tuo virtutes multas fecimus? Et tunc confitebor illis: quia nunquam novi vos: discedite á me qui operamini iniquitatem. Math. cap. VII, v. 22. y 23.

(2) Math. cap. V. v. 23 y 24.

(3) Ap. Ephes. cap. IV. v. 26.



de Dios perdonados. *Sol non occidat super iracundiam vestram.* Padres desnaturalizados, que por haberos ofendido un hijo le habeis abandonado y le negais el perdon, si quereis tener parte con Dios buscad á ese hijo, dirigirle palabras amorosas, y estrecharle en vuestro corazon. *Sol non occidat super iracundiam vestram.* Vosotros hombres casados á quienes una falta que observasteis en vuestra consorte os hizo apartaros de ella, y dejarla tal vez sumida en la miseria; es verdad que fué grande la ofensa que recibisteis, empero mayores las has hecho tú á tu Dios y deseas ser perdonado. Búscala, pues, perdónala con generosidad, con verdadera caridad cristiana, porque asi te lo manda tu Redentor: pero esta diligencia sea pronta para que sea mas meritoria, y que no se ponga el sol conservando tu la ira. *Sol non occidat super iracundiam vestram.*

No deberia ser necesario tanto esfuerzo por parte de los predicadores de la religion para inculcar en el pueblo cristiano máximas tan santas y sublimes como las del Evangelio. La del perdon de las injurias habeis visto que es beneficosa para nosotros y utilísima para el buen órden de la sociedad. Empero sin detenerse en presentar pruebas deberia bastar el hacer observar que es precepto espreso de Jesucristo á quien estamos obligados á obedecer.

Si quereis que el precepto os sea dulce y suave: si deseais que os haga practicable, siempre que recibais una ofensa, ó por parte de vuestro prógimo os sobrevenga algun mal, considerad en el momento que aquel que os ha ofendido no es otra cosa que un instrumento escogido por Dios para vuestra humillacion y castigo. ¿Querriais vengaros del aire porque

soplando con fuerza os dejó caer en tierra? Pues considerad que los hombres, así como los elementos son instrumentos de que Dios se sirve cuando es su voluntad, para demostrar su amor y su justicia. Si así lo haceis, lejos de desear venganza besareis humildes la mano que os castiga, y en premio de vuestra docilidad, recibireis del Señor su galardón en la gloria.

¡Dulce Redentor mio! Con vuestra gracia todo lo podemos. Comunicádnosla á fin de que no obrando como los publicanos, que amaban tan solo á los que los amaban, nuestra caridad se estienda á nuestros mismos enemigos, imitando de este modo lo que nos habeis mandado y practicasteis en el Calvario, para que seamos perfectos como nuestro padre celestial perfecto es. Haced Señor que nuestra caridad sea el camino que nos conduzca á Vos y labre nuestra corona de gloria. Amen.